

¿MAXTARNA EN LA TRADICIÓN HISTORIOGRÁFICA ROMANA? UN INTENTO DE RECONSTRUCCIÓN DE FESTO, 486 L

ABSTRACT: In contrast to the reconstruction that Garrucci and Gardthausen suggested for Festus 486 L, the author of the work dismisses the possibility of the existence in the text of *Maxtarna* and he proposes the conjecture *maximas* or *magnas copias*, in accordance with the Roman historical tradition.

Servius Tullius, si nostros sequimur, captiva natus Oeresia, si Tuscos, Caeli quondam Vibennae sodalis fidelissimus omnisque eius casus comes, postquam varia fortuna exactus cum omnibus reliquis Caeliani exercitus Etruria excessit, montem Caelium occupavit, et a duce suo Caelio appellitatum, mutatoque nomine, nam Tusce Mastarna ei nomen erat, ita appellatus est, ut dixi, et regnum summa cum rei p. utilitate optinuit. (CIL, XIII, 1668, I, 17 y ss.).

1. Perteneciente a una pieza oratoria del emperador Claudio, el precedente texto constituye uno de los testimonios más valiosos con que contamos a la hora de reconstruir la situación de Roma en el primer tercio del S. VI a.C. Frente al conjunto de relatos que Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio presentan acerca del período etrusco en la ciudad, Claudio, a partir de sus profundos conocimientos acerca de la historia etrusca (no en vano era autor de unas *Τυρρηνικά* en veinte libros¹), ofrece una versión bien distinta de los hechos que llevaron al trono al segundo de los monarcas etruscos. Tanto Dionisio (IV, 2 y ss.) como Livio (I, 39, 4) plantean que Servio Tulio es hijo de una cautiva, esclava en la corte de Tarquinio el Viejo, quien, movido por las singulares prendas que lo adornaban, decidió legarle la potestad regia. Sin embargo, Claudio, a partir de fuentes etruscas, plantea una situación radicalmente distinta: este Servio Tulio o *Mastarna*, vinculado con un misterioso *Caeles Vibenna*, es un etrusco que llega a la ciudad a la cabeza de un ejército, ocupa uno de sus enclaves y acaba haciéndose con el poder². Ahora bien, es precisa-

¹ El fragmento constituye una digresión de carácter erudito procedente con toda probabilidad de sus pérdidas *Τυρρηνικά* (SUET., *Claudio*, 42, 2). El discurso fue pronunciado por el emperador en el Senado con motivo de la concesión del *ius honorum* a los galos. Se halló en Lyon, su ciudad natal, grabado en planchas de bronce.

² El descubrimiento de la figura de *Mastarna* o *Maxtarna* se atribuye generalmente a Claudio; Momigliano, A., *JRS*, XLVII (1957), p. 113 = *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1960, p. 86. Sin embargo, Dionisio de Halicarnaso, apunta al final del libro anterior (III, 65, 6) una versión que se aparta de la tradición analística, ya que presenta a Servio Tulio como un desconocido «ἄνδρα γενναῖον μὲν τὰ πολέμια καὶ φορο-

υῖν τὰ δέοντα ἱκανώτατον, ξέρον δὲ καὶ ἄπολιν», al que Tarquinio el Viejo pone al frente de sus tropas para luchar contra los sabinos, situación relativamente cercana a la que Claudio ofrece. Con todo, en los capítulos del libro IV que dedica a su origen Dionisio se limita a presentar los mismos hechos que Livio. Para las fuentes de Dionisio, Gabba, E., «La 'Storia di Roma arcaica' di Dionigi d'Alicarnasso», *ANRW*, II, 30, 1, Berlín, W. de Gruiter, 1982, pp. 799-816 y «Studi su Dionigi d'Alicarnasso», *Athenaeum*, XXXVIII (1960), pp. 175-225. Una panorámica general del origen de Servio Tulio se puede hallar en Thomsen, R., *King Servius Tullius. A historical synthesis*, Copenhagen, 1980, pp. 57-114. Según Alföldy, *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, 1963, pp. 212 y

mente este *Vibenna* el mejor medio del que disponemos para aproximarnos a la tradición historiográfica que lo introduce en Roma. El principal problema al que nos enfrentamos a la hora de acercarnos a él es el de las discrepancias que ofrecen las fuentes cuando intentan ubicarlo temporalmente. La más antigua de las referencias que poseemos acerca de este *Vibenna* se halla en el *De lingua Latina* de Varrón:

In suburbanae regionis parte princeps est Caelius mons a Caele Vibenna, Tusco duce nobili, qui cum sua manu dicitur Romulo venisse auxilio contra Tatium regem. Hinc post Caelis obitum, quod nimis munita loca tenerent neque sine suspitione essent, deducti dicuntur in planum. Ab eis dictus vicus Tuscus. (Varrón, *LL*, V, 46).

El erudito sabino sitúa la figura de este personaje etrusco en el S. VIII vinculándolo con la creación de un área urbana muy bien caracterizada en el plano de la Roma arcaica: el *vicus Tuscus*, una especie de colonia etrusca en Roma, formada probablemente por mercaderes y mano de obra ligada a sus actividades comerciales y artesanas³. Aunque no alude al *vicus Tuscus*, la noticia que suministran los *excerpta* de Paulo concuerda substancialmente con la versión de Varrón:

Caelius mons dictus est a Caele quodam ex Etruria, qui Romulo auxilium adversus Sabinos praebuit, eo quod in eo domicilium habuit. (Paulo, 38 L)⁴.

De la misma manera, Dionisio de Halicarnaso, si bien tampoco hace alusión a la fundación del *vicus Tuscus* en relación con *Vibenna*⁵, da cuenta, en cambio, de que tras la victoria de Rómulo sobre Crustumero se le unieron

ἄνδρες ... πολλοὶ καὶ ἀγαθοὶ δυνάμεις ἀξιοχρέους πανοικία μετανισταμένας ἐπαγόμενοι, ὧν ἐφ' ἑνὸς ἡγεμόνος ἐκ Τυρρηνίας ἐλθόντος, ᾧ Καίλιος ὄνομα ἦν, τῶν λόφων τις, ἐν ᾧ καθιδρύθη, Καίλιος εἰς τόδε χρόνου καλεῖται. (Dionisio de Halicarnaso, II, 36, 2) y, poco después (una vez declarada la guerra contra los sabinos), ἦκε δὲ αὐτῷ Τυρρηνῶν ἐπικουρίαν ἱκανὴν ἄγων ἐκ Σωλωνίου πόλεως ἀνὴρ δραστήριος καὶ τὰ πολέμια διαφανής, Λοκόμων ὄνομα. (II, 37, 2).

La ayuda de este Lucumón (antropónimo que corresponde al etrusco «rey») resultó decisiva en el enfrentamiento y posterior victoria sobre el monarca sabino. Enlazado con esta tradición está también el testimonio de Servio, el comentarista de la *Eneida*.

Varro tamen dicit, Romulum dimicantem contra Titum Tatium a Lucumonibus, hoc est Tuscis, auxilia postulasse. Unde quidam venit cum exercitu, cui, recepto iam Tatio, pars urbis est data. A quo in urbe Tuscus dictus est vicus. (Servio, *Ad Aen.*, V, 560).

ss. la identificación de *Maxtarna* con el viejo rey de la tradición romana, Servio Tulio, sería obra del analista Fabio Pictor y suya habría sido la inserción del «intruso» etrusco en la lista canónica de los reyes entre los dos Tarquinios.

³ Muy sugerente es la hipótesis que Welin ofrece, cuando afirma que, en su origen, el barrio era la colonia de los artesanos llamados a Roma para levantar el Templo Capitolino; Welin, *RE*, v. s. v. «Tusco vico»; Ogilvie, R. M., *A commentary on Livy. Books 1-5*, Oxford, Clarendon Press, 1965 (reimpr. con *addenda* 1978), pp. 269-270. Sin embargo, ninguna de las fuentes hace referencia alguna para sustentar esta hipótesis.

⁴ Sextus Pompeius Festus, *De verborum significatu quae supersunt cum Pauli «Epitome»*, ed. de W. M. Lindsay, Leipzig, Teubner, 1913 (reimpr. 1965). En determinadas ocasiones que se señalarán he acudido también a la ed. de C. O. Müller, Leipzig, 1839 (reimpr. Hildesheim, Georg Olms, 1975).

⁵ Dionisio de Hal., V, 36, 4 (al igual que LIV., II, 14, 9) sitúa la creación del *vicus Tuscus* a fines del S. VI, vinculado con la guerra que los romanos mantienen con Porsenna de *Clusium*.

Este pasaje no puede tener como fuente el texto de Varrón que hemos presentado más arriba. Teniendo en cuenta que en ninguno de los pasajes conservados de las obras del erudito aparece el Lucumón del que da cuenta Dionisio, habremos de concluir que Servio utilizó alguna de las obras perdidas de Varrón (muy posiblemente sus *Antigüedades humanas*) en la que aparecería una historia paralela a la que ofrece el historiador griego⁶.

Por el contrario, el resto de las fuentes antiguas y, con ellas, los modernos historiadores sitúan a *Caeles Vibenna* en el S. VI, como contemporáneo de Servio Tulio. Tal datación se ve confirmada por un testimonio independiente de extraordinaria importancia, las pinturas de la «Tumba François» de Vulci (de fines del S. VI a.C.), una serie de frescos en los que se representa un episodio del pasado de la ciudad: diversos héroes de la propia Vulci aparecen en lucha con sus enemigos. Destaca entre aquellos un *Macstrna* (sin duda, el mismo personaje mencionado por Claudio), que aparece liberando de sus ataduras al cautivo *Caile Vipinas*, cuyo hermano, *Aule*, está también representado en la lucha. Con todo lo más representativo del conjunto es la aparición de un *Marce Camitlnas* que hunde su espada en el cuerpo de un *Cneve Tarxu Rumax*, Gneo Tarquinio de Roma, hechos que serían reflejo de una tradición etrusca independiente y desconocida por la historiografía analística romana⁷: una expedición etrusca, entre cuyos jefes estaría nuestro *Maxtarna* (esto es, la etrusquización del título latino *magister*), habría ocupado violentamente Roma eliminando a su monarca⁸.

Tal disparidad cronológica es resuelta por E. Peruzzi a través de la siguiente hipótesis: bajo el nombre de *Caeles Vibenna* nos hallamos en realidad ante dos personajes de la misma *gens* que, ubicados en épocas distintas, llevarían el mismo nombre, hecho que propiciaría la contaminación de las tradiciones vinculadas con cada uno de ellos⁹. Sin embargo, lo más probable es que se trate, como en tantos otros casos, de un «envejecimiento» de elementos que, pertenecientes a la época etrusca, han sido transferidos por la tradición romana al S. VIII¹⁰. En contraste, como

⁶ Prop., IV, 1, 29 y IV, 2, 51 denomina a este Lucumón bajo las helenizaciones *Lycmon* y *Licomediús*. Esta última alusión está vinculada con una digresión de carácter erudito respecto a la fundación del *Vicus Tuscus*. Muy probablemente este perdido pasaje de las *Antigüedades humanas* es la fuente de Prop., IV, 2, 49-54, en donde se presenta a Lucumón luchando a favor de Rómulo, ayuda por la que los etruscos reciben el asentamiento del *vicus Tuscus*.

⁷ Una discusión pormenorizada acerca de la posibilidad de existencia de una historiografía etrusca que hubiera permitido a Claudio el acceso a estas noticias a través de fuentes escritas y no de simple tradición oral se halla Harris, W. V., *Rome in Etruria and Umbria*, Oxford, 1971, pp. 4-30.

⁸ Un tratamiento de la cuestión con abundante bibliografía se puede hallar en Ampolo, C., «La città riformata e l'organizzazione centuriata. Lo spazio, il tempo, il sacro nella nuova realtà urbana», en Momigliano, A. y Schiavone, A. (eds.), *Storia di Roma*, I, Turín, Einaudi, 1988, pp. 203-239. Frente a la *communis opinio*, R. M. Ogilvie mantiene una postura hiper crítica: a su juicio, la aparición de los hermanos *Vibenna* no ha de ser situada en el comienzo del reinado de Servio Tulio sino tras la caída de Tarquinio o Soberbio; Ogilvie, R. M., *Roma antigua y los etruscos*, Madrid, Taurus, 1982, pp. 86 y 87. Esta hipótesis es rechazada por la mayoría de los estudio-

so, quienes dan por buena la cronología que las fuentes suministran. En efecto, existe una prueba de extraordinaria solidez —y a la que Ogilvie no parece prestarle ninguna atención— de cara, no sólo a situar a nuestro personaje en el S. VI, sino para confirmar su absoluta historicidad: el nombre de *Avile Vipiens* aparece en una inscripción votiva en una copa de Veyes datable hacia el 550; Heurgon, J., «La coupe d'Aulus Vibenna», *Mélanges J. Carcopino*, París, Hachette, 1966, pp. 515-528.

⁹ Peruzzi, E., *Origini di Roma*, dos vols., Bolonia, 1970, I, p. 44. La popularidad de estos personajes, indudablemente históricos, provocó que sus figuras llegaran a mitificarse, tal como podemos comprobar en diversas piezas etruscas varios siglos posteriores en las que aparecen en relación con la legendaria figura del Caco itálico; Small, J. P., *Cacus and Marsyas in Etrusco-Roman legend*, Princeton University Press, 1982, pp. 39-43. Así, el mismo nombre, *Avles Vipinas*, ya como un personaje mitologizado, se halla en un vaso de figura roja, al parecer pintado en Vulci a mediados del S. V.

¹⁰ Existen en la historia romana un conjunto de elementos que, si bien llegaron a la ciudad en época etrusca, fueron «arqueologizados» y llevados por la tradición a la época de los fundadores latinos. Buen ejemplo de ello es la diosa Egeria, que (que llegada a Roma bajo la dominación de Servio Tulio) fue ubicada en época de Numa; Bayet, J., *La religión romana. Historia política*

decíamos, el resto de las fuentes latinas que mencionan a este personaje lo ubican en el S. VI. Así, tenemos el ejemplo de Tácito:

Haud fuerit absurdum tradere montem eum antiquitus Querquetulanum cognomento fuisse (...) mox Caelium appellatum a Caele Vibenna, qui dux gentis Etruscae, cum auxilium tulisset, sedem eam acceperat a Tarquinio Prisco, seu quis alius regum dedit: nam scriptores in eo dissentiunt. Cetera non ambigua sunt, magnas eas copias per plana etiam ac foro propinqua habitasse, unde Tuscum vicum e vocabulo advenarum dictum. (Tac., Ann., IV, 65).

2. Contamos, por otra parte, con un celeberrimo fragmento lacunoso de la obra de Festo, epitomador de un anticuario de la época de Augusto, Verrio Flaco:

*Tuscum vicum con[
tores dictum aiunt ab[
de[s]ce[n]dente ab obsi[
Romae locoque his dato[
entes fratres Caeles et Vibenn[
Tarquinium Romam secum max[
rint. M. Varro, quod ex Cael[
sint. (Festo, 486 L).*

Las eruditas introducciones de las ediciones de Müller y de Lindsay dan cuenta de las circunstancias en las que se halla el manuscrito que nos ha transmitido los magros restos del epítome, pues, de hecho, la mayor parte de lo que conocemos de esta obra nos ha llegado a través de los *excerpta* altomedievales de Paulo Diácono. Se trata del manuscrito Farnesiano, que, tras pasar por las manos de distintos humanistas, estuvo en la biblioteca ducal de Parma y fue trasladado, finalmente, en el S. XVIII a Nápoles, en donde Müller pudo consultarlo. Pertenece al S. XI o al XII y cada una de las páginas está compuesta de dos columnas de texto escrito. Si realizar la edición de una obra comporta notables dificultades a partir de un único manuscrito, en éste se multiplican ya que se encuentra parcialmente quemado, con lo que el texto de la columna exterior se halla mutilado, situación en la que se encuentra el fragmento que nos ocupa. Con todo, la comparación con los pasajes correspondientes de los *excerpta* de Paulo y el extraordinario esfuerzo de generaciones de humanistas, filólogos e historiadores han posibilitado una reconstrucción fiable, siquiera a nivel general, de buena parte del texto perdido.

Antes de dar comienzo al examen de las distintas alternativas propuestas para recomponerlo, hemos de mencionar la existencia de problemas paleográficos y textuales a la hora de fijar con seguridad el texto que nos ha llegado: no se leen con seguridad cada una de las últimas letras de las líneas 2 y 6, *b* y *x*; el *con* de la primera línea es leído por Müller como *ce*; el *descendente* que nos ofrece el texto está considerado como fruto de la deturpación que los siglos de transmisión realizaron en el texto. Afortunadamente, como veremos, ha podido ser restituído a partir del correspondiente *excerptum* de Paulo como *decedente* o *recedente*. El *secum* de la sexta línea es leído como tal o bien separado, *se cum*. Señalemos, finalmente, que, a partir tanto de la no-

y psicológica, Madrid, Cristiandad, 1984 (= *Histoire politique et psychologique de la religion romaine*, París, Payot, 1956), p. 50. Lo mismo podemos decir del dios *Voltumna-Vertumnus* al que Varrón (*LL*, V, 74) hace

aparecer también con el propio Numa; remitimos a los capítulos VI y VII de nuestra obra *Ager. Estudio etimológico y funcional sobre Marte y Voltumna*, Zaragoza, Dep. Ciencias de la Antigüedad, 1992.

ticia que nos ofrecen las pinturas de la mencionada tumba como del testimonio de los propios romanos, los editores posteriores a Müller ha podido restituir (al menos con la inicial *A*) el *praenomen* del hermano de *Caeles Vibenna*, *Aulus*, el cual había desaparecido del texto.

Por lo que se refiere a su contenido, el fragmento parece ser un artículo enciclopédico en el que se presentan compendiadas un conjunto de «fichas bibliográficas» en las que se exponen distintas versiones acerca de la fundación del *vicus Tuscus*.

I. *Tuscum vicum con[...] ores dictum aiunt ab[...] de[s]ce[n]dente ab obsi[...] Romae locoque his dato[...]* La primera de ellas correspondería a la más abundantemente documentada en la historiografía de origen analístico: Livio (II, 9 y ss.) y Dionisio de Halicarnaso (V, 21 y ss.) narran la campaña que Porsenna realizó tras la expulsión de los Tarquinius de Roma para hacerse con el control de la ciudad del Lacio. Según el hilo general del relato, tras su caída en la mítica fecha del 509, éstos se refugiaron en la poderosa *Clusium*, a la sazón, principal potencia de Etruria. Su rey, Porsenna, marchó sobre la ciudad a la cabeza su ejército, al que, incapaz de vencer la heroica defensa romana, dirigió contra Aricia, en cuya ayuda acudieron los pueblos latinos de los alrededores y los griegos de Cumas, quienes diezmaron al ejército toscano, acabando con la vida del hijo del propio Porsenna. Entonces, un cierto número de soldados de *Clusium*,

... duce amisso, quia nullum propius perfugium erat, Romam inermes et fortuna et specie supplicum delati sunt. Cu atis vulneribus, alii profecti domos, nuntii hospitalium beneficiorum: multos Romae hospitiū urbisque caritas tenuit: his locus ad habitandum datus, quem deinde Tuscum vicum appellatum. (Liv., II, 14, 9).

II. *...entes fratres Caeles et Vibenn[...] Tarquinium Romam secum max[...] rint.* Esta segunda parte del texto estaría vinculada con una «tradición etrusca», independiente de las fuentes analísticas y que llegaría hasta el erudito emperador y, al parecer, los anticuarios romanos. Ya hemos dado cuenta en las páginas anteriores de la panorámica histórica que estos textos presentan.

III. *M. Varro, quod ex Caell[...] sint.* Como se pone manifiesto explícitamente, la tercera sección tiene como fuente a Varrón, autor del que poseemos la evidencia de que escribió dos variantes acerca del establecimiento de la colonia del *vicus Tuscus*, una asociada con *Caeles Vibenna* y otra con Lucumón. Evidentemente, lo compendiado del pasaje hace imposible remitir el fragmento a ninguna de los dos.

Así pues, el texto ha sido objeto de diversos intentos de reconstrucción: Müller, siguiendo el texto que poseemos de los *excerpta* de Paulo, «*Tuscus vicus Romae est dictus, quod ibi habitaverunt Tusci qui recedente ab obsidione Porsena remanserunt*» (354 M), restituye parcialmente el texto con una conjetura verosímil, que está de acuerdo, como hemos visto, con la versión que ofrecen Dionisio (V, 36, 4) y Livio (II, 14, 8-9): «*Tuscum vicum con[plures scrip]tores dictum aiunt ab [iis, qui Porsenna rege] decedente ab obsi[dione a Tuscis remanserint] Romae, locoque his dato [habitaverint ...]*» (355 M)¹¹. De la misma manera, reconstruye satisfactoriamente la última frase sobre la versión de Varrón: «*M. Varro, quod ex Caell[io in eum locum deducti] sint*».

Es en su parte central en donde se presentan las mayores dificultades de reconstrucción. Müller sugiere la siguiente: «*[habitaverint, aut quod Volci]entes fratres Caeles et Vibenn[a, quos di*

¹¹ Lindsay reconstruye el fragmento de forma idéntica, salvo que frente al sintagma «*a Tuscis*» reconstruye «*e Tuscis*».

*cunt regem] Tarquinium Roman secum max[ime adduxise eum colue]rint». A pesar de su limpieza, ha habido tentativas de reconstruir el fragmento a partir de los datos que proporcionaba la Tumba François. La existencia de tal testimonio resultaba demasiado sugerente como para no ser tomada en cuenta: la aparición de dos *fratres Caeles et Vibenna* en el texto de Festo hizo presumir a los historiadores que no se hallaban ante una variante más de la tradición romana (referente a un solo *Vibenna* ayudando a Rómulo o a Tarquinio), sino ante un reflejo de la misma tradición sobre la que se habrían forjado las pinturas etruscas. Así, Garrucci y Gardthausen, por vías independientes, hicieron que Festo y, por tanto, Verrio Flaco pudiesen ofrecernos una versión acorde con los conocimientos que poseemos acerca de la historia del período y que *Maxtarna*, conocido en Roma tan sólo a través del filoestrusco Claudio, apareciese en el fragmento:*

Garrucci: [*aut quod Volci]entes fratres Caeles et (A.) Vibenn[ae, quos dicunt ad regem] Tarquinium Romam se cum Max[tarna contulerunt, eum (sc. vicum Tuscum) colue]rint.*

Gardthausen: [*aut quod Volci]entes fratres Caeles et (A.) Vibenn[ae qui patria expulsi ad regem] Tarquinium Romam se cum Max[tarna contulerunt, eum colue]rint¹².*

Nos hallaríamos, pues, ante el siguiente texto reconstruido:

Tuscum vicum con[plures scrip]tores dictum aiunt ab [iis, qui Porsenna rege]decendente ab obsi[dione a Tuscis remanserint] Romae, locoque his dato [habitaverint aut quod Volci]entes fratres Caeles et (A.) Vibenn[ae, qui patria expulsi ad regem] Tarquinium Roman se cum Max[tarna contulerunt, eum colue]rint. M. Varro, quod ex Caelfio in eum locum deducti] sint.

No faltaron voces que se pronunciaron en contra de tales propuestas. Tal es el caso de F. Münzer, quien puso de manifiesto sus reparos a las mencionadas conjeturas apuntando que sería más adecuada la reconstrucción del texto con un «*maximo exercitu*»¹³, la misma que intentaremos revalidar en el presente trabajo. Sin embargo, aquella es la versión del texto que, dejando a un lado cuestiones de matiz, se acepta comúnmente entre los historiadores de nuestros días. Así pues, la *Quellenforschung* establecería el siguiente esquema de transmisión: el erudito Verrio Flaco (cuya versión conoceríamos a través del texto mutilado de Festo) habría tenido acceso a unas fuentes ignoradas por el resto de los escritores antiguos, las cuales se remontarían a una tradición próxima a la que, a su vez, daría lugar a las pinturas de la Tumba François. Ahora bien, existe, a mi juicio, un cúmulo de problemas que impide por completo suponer que este *Maxtarna* se encuentre en un texto mutilado que las conjeturas de los historiadores han intentado recomponer con más ingenio que respeto a lo que verosímelmente se podía esperar de un texto de su época:

a) La lectura de la 'x' de la sexta línea del texto del manuscrito no es segura, con lo cual las posibilidades de la lectura *Maxtarna* son menores.

b) Resulta demasiado sospechoso que la única aparición de este personaje en una fuente literaria latina de las conservadas se deba a la hábil reconstrucción de los historiadores. La aparición en el texto de un personaje absolutamente desconocido en la tradición historiográfica roma-

¹² Gardthausen, V. J., *Mastarna oder Servius Tullius*, Leipzig, 1882. Para presentar estas reconstrucciones sigo, en líneas generales, a Peruzzi, E., *op. cit.*, I, pp. 42-44 y Thomsen, R., *op. cit.*, pp. 79-90.

¹³ Münzer, F., «Caeles Vibenna und Mastarna», *RM*, LIII (1898), p. 607.

na como *Maxtarna* obligaría al autor a hacer una glosa que explicase, en paralelo a lo que hace Claudio, quién es el personaje aludido, Servio Tulio.

c) No podemos pensar que el texto de Verrio Flaco pertenezca a una tradición próxima a la de Claudio. La «tradición etrusca» que el emperador seguiría plantea que *Maxtarna* llega a Roma tras la desaparición de *Caeles Vibenna* (*cum omnibus reliquis Caeliani exercitus*), en honor del cual dio nombre al Celio. Sin embargo, las restituciones de Garrucci y Gardthausen apuntarían a que *Maxtarna* llega a Roma junto a los dos *Vibennae* en la época de Tarquinio. Esto nos separaría del texto de Claudio, quien presenta a Servio Tulio-*Maxtarna* llegando a Roma tras la muerte de *Caeles* y ocupándola con los restos del ejército de su amigo, lo cual indica implícitamente un actitud hostil para con los entonces amos de la ciudad. La aparición de los dos *Vibenna*, en cambio supondría el conocimiento en Roma de la tradición reflejada por las pinturas de la tumba. Sin embargo, el hecho de que hubiera existido una tradición acerca de la presencia de los dos hermanos en Roma no implica necesariamente, ni mucho menos, que la figura del usurpador pudiera ser conocida en Roma. En efecto, recordemos que Claudio declara expresamente (*si Tuscos [sequimur]*) que sigue fuentes exclusivamente etruscas y opuestas a las romanas (*si nostros sequimur*)¹⁴.

d) Por supuesto, cualquier intento de vincular directamente la supuesta versión de Verrio Flaco con la tradición representada en los frescos etruscos está condenada de antemano por la absoluta falta de pruebas que pudieran sustentar tal hipótesis.

Por tanto, si no es posible adscribir a un tronco común los fragmentos de Verrio Flaco y Claudio y, menos aún, vincular el texto del anticuario con las pinturas de la Tumba François, habremos de concluir que el texto de Festo ha de formar parte de la misma tradición en la que se apoyan el resto de las fuentes romanas, hipótesis que se confirma a partir del paralelismo estructural existente entre el fragmento que nos ocupa y el texto de Tácito. Una simple lectura permite confirmar que ambos textos se articulan de forma paralela:

1. Presentación de un personaje llamado *Vibenna* (son dos en el caso de Festo), que presta auxilio a Tarquinio.
2. Ambos autores afirman que hay una pluralidad de escritores que narran los hechos: *nam scriptores in eo dissentiunt* (Tácito); *Tuscum vicum con[plures scrip]tores dictum aiunt...* (Festo).
3. Los dos fragmentos finalizan con la versión de Varrón acerca del *Vicus Tuscus*. Si bien Tácito no alude directamente al polígrafo como fuente de la noticia, la simple confrontación de los textos permite colegir de inmediato la similitud de ambos textos.

Hinc post Caelis obitum, quod nimis munita loca tenerent neque sine suspicione essent, deducti dicuntur in planum. Ab eis dictus vicus Tuscus. (Varrón).

Cetera non ambigua sunt, magnas eas copias per plana etiam ac foro propinqua habitasse, unde Tuscum vicum e vocabulo advenarum dictum. (Tácito).

No obstante, tal paralelismo no es absoluto. Tácito en su versión soslaya, por conocida, la variante analística de Livio (II, 14, 9) trabajando tan sólo con los datos más innovadores respecto a

¹⁴ Briquel, P., *Le témoignage de Claude sur Mastarna-Servius Tullius*, *RBPPh*, LXVIII (1990), pp. 86-108.

los conocimientos que de los hechos pudieran tener sus contemporáneos¹⁵. Por otra parte, consciente de que la tradición romana sólo hablaba de un *Vibenna* en relación con uno de los reyes, decidió obviar al segundo de los que le ofrecía su fuente inmediata, la obra de Verrio Flaco. Frente a *Caeles*, quien pudo mantener un estatuto histórico indiscutible, su hermano Aulo aparecía en la tradición analística romana como un elemento claramente mitologizado¹⁶.

Pese a todo, a partir de tales coincidencias, parece evidente que ambos textos pertenecen a una misma tradición y, más aún, que el texto de Tácito deriva directamente de la obra de Verrio Flaco. Por tanto, la mejor manera de restituir las partes perdidas del texto de Festo es partir del de Tácito, con lo cual se puede concluir que en aquel, tal como planteaba la olvidada conjetura de Münzer, se está tratando acerca de la naturaleza del *auxilium* que llevan los *Vibennae* a Tarquinio. Tácito, en aras de su característica condensación, realizó un extraordinario esfuerzo de reelaboración literaria de su fuente inmediata tal como la vemos reflejada en Festo, lo cual le impedía presentar los hechos con la coherencia expositiva de su modelo. En efecto, en un principio se limitaba a resumir lo que era universalmente conocido en Roma: *Vibenna* llevó su *auxilium* a Tarquinio. Así pues, se vio obligado a explicitar la existencia de unas «*magnas copias*» que aparecían en el resto de las fuentes. La lectura de éstas deja clara la continua vinculación de *Caeles Vibenna* a la actividad militar: Varrón alude a la ayuda que presta a Rómulo «*cum sua manu*»; Servio menciona que llegó a Roma «*cum exercitu*»; Paulo menciona un «*auxilium adversus Sabinos*»; Dionisio da cuenta de las «*δυνάμεις ἄξιοχρέους*» que él condujo. Sin embargo, la ambigüedad del término «*auxilium*» del que se servía no precisaba si la ayuda prestada era de carácter personal o colectivo. Así pues, Tácito, tal como, sin duda, explicitaría su fuente, tuvo que hacer mención de «estos fuertes contingentes de tropas» que, desplazados del Celio, ocuparon el llano en el que se ubicó el *vicus Tuscus*. En consecuencia, éstas son las innovaciones que respecto a las conjeturas comúnmente aceptadas he adoptado en mi propuesta:

En primer lugar, una de poca relevancia como es la de suponer una puntuación fuerte tras el verbo *habitaverint*, lo cual nos situaría en una estructura paralela a la que poseemos de la última parte del texto. Si en esta tenemos «*M. Varro, quod ...*», en aquella, muy bien podríamos suponer la presencia de otros autores (los anticuaristas que nos transmitirían noticias acerca de los *Vibenna*), que se verían reflejados por un indefinido «*alii*».

Por otra parte, recordemos que la separación de *secum* era consecuencia de la necesidad sintáctica que Garrucci y Gardthausen tenían de una preposición que rigiese el hipotético ablativo *Maxtarna*. Por tanto, la reconstrucción más acertada parece ser la que mantiene la forma en el estado en que se halla en el manuscrito (*secum*), lo cual nos conduce, a partir del texto de Tácito, a considerar la existencia de un sintagma en acusativo «*maximas copias*». Tal sería la conjetura

¹⁵ No es esta postura una excepción en la obra del historiador: por ejemplo, cuando, en *Hist.*, III, 72, 1, tangencialmente toca el enfrentamiento de Porsenna con los romanos, frente al orgulloso relato nacionalista que, a partir de fuentes analíticas, ofrecen Livio y Dionisio de Halicarnaso, Tácito con tres palabras demoledoras, «*Porsenna, dedita urbe*» da al traste con la verosimilitud de muchas páginas de aquellos para ofrecernos una versión bien distinta: Porsenna venció a los romanos. Asimismo, PLIN., *NH*, XXXIV, 139. Syme, R., *Tacitus*, Oxford, 1958, p. 398 opina que la fuente de Tácito es ajena a la erudición de los analistas que siguen Livio y Dionisio y se

basa en las obras del emperador Claudio (asimismo *vid.* Skutsch, *JRS*, XLIII (1953), pp. 77-78).

¹⁶ En tal sentido podemos entender que, durante las obras de cimentación del templo Capitolino, apareciese una cabeza con letras etruscas que, al parecer, era la cabeza de nuestro Aulo, lo cual permitió hacer una falsa etimología del nombre del Capitolio como *caput Oli* (la cabeza de Aulo); Varrón, *LL*, V, 41; *LIV.*, I, 55,5; Dion. de Hal., IV, 59-61; *ISID.*, *Etym.*, XV, 2, 31. Para una visión pormenorizada de la cuestión, Ampolo, C., *art. cit.*, p. 208, n. 19.

que tendríamos que realizar si aceptásemos como válida la *x* de la sexta línea. No obstante, si pudiésemos pensar en cualquier otra letra, apostaríamos, sin duda, por la *g*, ya que nos llevaría exactamente a la misma expresión de la que se sirve Tácito, «*magnas copias*».

TUSCUM VICUM CONPLURES SCRIP
 TORES DICTUM AIUNT AB IIS QUI, PORSENNA REGE
 DECEDENTE AB OBSIDIONE, E TUSCIS REMANSERINT
 ROMAE LOCOQUE HIS DATO HABITAVERINT. ALII, QUOD VOLCI
 ENTES FRATRES CAELES ET (A.) VIBENNAE, QUI AD REGEM
 TARQUINIUM ROMAM SECUM MAXIMAS COPIAS DUXERINT, EUM COLUE
 RINT. M. VARRO, QUOD EX CAELIO IN EUM LOCUM DEDUCTI
 SINT.

Buen número de autores afirma que el «Vicus Tuscus» recibe tal nombre a partir de los etruscos que, cuando el rey Porsenna se retiraba de su asedio, se quedaron en Roma y poblaron este lugar que se les concedió; otros (dicen que) porque lo habitaron los hermanos de Vulci, Caeles, y Aulo Vibenna, quienes llevaron consigo a Roma fuertes contingentes de tropas para el rey Tarquinio. Marco Varrón (dice que) porque (los etruscos) fueron desplazados desde el monte Celio a este lugar.

Podríamos establecer, pues, el siguiente esquema de transmisión: a partir de la noticia de que unos etruscos toman el poder violentamente en Roma en el S. VI contaríamos con dos tradiciones, una etrusca y una romana. Aquella estaría representada por los frescos de la «tumba François» y el texto de Claudio. Esta última, en cambio, habría dulcificado sensiblemente la historia y nos presentaría a uno de los amigos de nuestro *condottiero* etrusco llegando en ayuda de uno de los propios reyes de la ciudad en distintas épocas. La analística habría «arqueologizado» esta versión trasladando la figura de *Caeles Vibenna* al S. VIII y, en cambio, los anticuarios (representados por el fragmento de Festo y el texto de Tácito) mantendrían la cronología original del S. VI.

